

CRISTIANIDAD



53 RAZON DE ESTE NUMERO

En la Razón de nuestro número anterior nos referíamos a «unas poderosas e implacables fuerzas ocultas», que tras la agitación revo-

lucionaria enfocaban unos objetivos, aunque lejanos, no por eso menos laboriosamente perseguidos.

Es hora de que nos ocupemos ya de esos documentos, terribles en la diafanidad de sus afirmaciones, de los cuales hemos venido hablando con insistencia en los últimos números.

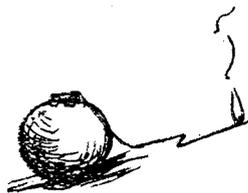
En ellos se ponen al descubierto las causas hondas de las Revoluciones y el fin que con ellas se proponen los que detrás de bastidores dirigen el tinglado. Prevedamos los reparos que pueden hacérsenos y de antemano procuraremos mostrar las razones en que nos apoyamos para afirmarnos en nuestras convicciones.

Las Revoluciones propagadas con la velocidad de una epidemia en el decurso de unos años, de unos meses o de unos días, con todas sus conquistas provisionales o duraderas, no satisfacen del todo a los instigadores subterráneos. La conquista definitiva, la gran conquista, requiere largo plazo: «*la obra que vamos a emprender no es de un día, ni de un mes, ni de un año, puede durar años y años y quizá un siglo*». Y el objetivo final consiste en la destrucción completa de la Iglesia. El plazo anunciado de un siglo se está ya cumpliendo. La situación actual del mundo no creemos que nos haga olvidar precisamente esta curiosa y significativa circunstancia: 1846-48 . . . 1946-48.

El **Editorial** titulado **Quis credidit auditui nostro . . . ?** habla de esta lucha secular contra la Iglesia y de la veracidad de estos documentos.

Siguen a continuación los artículos: . . . **Desempolvando unos documentos para una meditación histórico-política**, debido a Jaime Bofill (págs. 215 a 217); **Nombre de guerra de un héroe del sectarismo: «Piccolo-Tigre»**, por Fraxinus Excelsior (pág. 218); **Un financiero aparente -conspirador real- nos informa de los resultados de un viaje de «negocios» por las capitales de Europa** (págs. 219 y 220); **Dialogando**, por Domingo Sanmarti (página 221); **Un centenario**, por Fernando Serrano Misas (págs. 222 a 225); **Ortega y Gasset en el Ateneo**, por J. B. (pág. 225); **Importante discurso de Su Santidad** (págs. 226 y 227); **¿«Sinagoga de Satanás»?**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 227 y 228).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48'00 ptas.
Semestral 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

“HEROICA”



REVISTA
PARA LA
JUVENTUD



Maipu, 820-BUENOS AIRES
ARGENTINA

NOTA DE LA ADMINISTRACION

Distribuidos ya los índices correspondientes al pasado año 1945, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que para el año 1944, nos encargamos de la encuadernación de los números.

*A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono
2 2 4 4 6*

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 22 ptas., que deberán ser abonadas por anticipado, al hacer entrega de los números.

También servimos tapas sueltas para los suscriptores que deseen hacérselo encuadernar por su cuenta. Su precio es de 18 ptas.

EL ADMINISTRADOR

CRISTIANDAD

NÚMERO 53 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22448

BARCELONA

1 Junio de 1946

Cruz, 1 1.º - Teléfono 25675

MADRID

Quis credidit auditui nostro...?

¿Quién ha creído en lo que nos ha sido dicho? ¿Quién se siente impresionado en su corazón por el testimonio concorde de la historia, de la experiencia, de la razón, de las advertencias pontificias? ¿Quién se esfuerza en sacudir el espíritu de ligereza que informa constantemente nuestras apreciaciones y obnubila nuestros juicios?

Dios quiera que no sea ya tarde para muchas cosas: mas ¿no es ello un nuevo motivo para intentar por fin una correcta estimación de los hechos?

¿Fue por pereza? ¿O por cobardía? ¿O por indiferencia? ¿Fue por no comprender que entre todos los intereses por los que hombres y Estados se afanan sobresalen indiscutiblemente los intereses de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación?

A los Príncipes incumbía en primer lugar la responsabilidad de atender a unas advertencias que sólo se les hacían para su bien y para el bien de los pueblos confiados a su cuidado: ellos fueron los primeros en desoirlos, y han sido los primeros en pagar las consecuencias.

En 1818 escribe a Metternich el Cardenal Consalvi:

"Las cosas en parte alguna van bien. En vano es que hable yo cada día a los embajadores de Europa de los peligros futuros que preparan para el orden reconstituido las sociedades secretas; mis palabras no logran sacarles de la indiferencia, o, a lo más, imaginando que la Santa Sede se asusta fácilmente, se asombran de los consejos que la prudencia nos dicta..."

Un decenio después, el propio Pontífice, León XII, hace una confidencia parecida a su secretario de Estado, Cardenal Bernetti:

"Hemos advertido a los Príncipes, y los Príncipes duermen. Hemos avisado a sus ministros, y sus ministros no han velado. Hemos anunciado a los pueblos las calamidades futuras, y los pueblos se han tapado los oídos y han cerrado los ojos..."

Desde entonces ha transcurrido un siglo, y la obra de este siglo está ante nosotros.

¿Siguen nuestros ojos cerrados? ¿Siguen tapados nuestros oídos?

"Han caído las orgullosas ilusiones en un progreso indefinido: y si todavía alguno no estuviese despierto, la actualidad trágica lo sacudiría con las palabras del Profeta: ¡Sordos, oídos, y ciegos; ved!"

¿Oír qué? ¿Ver qué? No es un Pontífice del siglo pasado quien lo escribe; es Pío XII, felizmente reinante, y el documento en que lo hace es su primera Encíclica:

"Pero el procurar la difusión del Reino de Dios que la Iglesia cumplió en todos los siglos... Equivale, en nuestros días, a tener que luchar con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados, como jamás lo fueron en los tiempos anteriores..."

¿No basta la historia? ¿No basta la propia experiencia? ¿No basta la luz de la razón que hace ver que lógicamente no podía ser de otra manera? ¿No basta el testimonio pontificio?

¿Qué hace falta entonces para grabar en nuestro ánimo esta doble verdad:

1.º *Que existe una lucha secular contra la Iglesia, y ésta es la lucha fundamental entre todas las que sacuden a la sociedad;*

2.º *Que la lucha contra la Iglesia es una lucha organizada dolosamente, que recurrirá a la violencia o a la corrupción según se encuentre libres o atadas las manos?*

* * *

¡Dios quiera que ya no sea tarde para muchas cosas! Mas, ¿no es ello un nuevo motivo para poner "nuestra vida y nuestra obra al servicio de Cristo Rey"?

¿Cuáles son las urgencias que reclaman nuestro cuidado? ¿Tal vez procurar una segura posesión de nuestros bienes, de la paz de un hogar honrado, de los nobles placeres que la inteligencia proporciona? ¿Es esto lo que nos distrae de nuestra vocación de cristianos, que es vocación de apostolado?

¿O rehusamos atender porque sería demasiado espantoso; porque nos horroriza mirar la situación del mundo cara a cara, vernos personalmente envueltos en los horrores en que tantos sucumben?

¿O, simplemente, encoge nuestro corazón la magnitud misma de la misión que nos incumbe? Ciertamente, "esta misión, por su grandiosidad, debería, al parecer, desalentar los corazones de los que forman la Iglesia militante"; mas "el que vive del espíritu de Cristo no se deja abatir por las dificultades que se oponen, antes bien se siente impulsado a trabajar con todas sus fuerzas, confiando plenamente en Dios"; "El venga a nos el tu Reino, no sólo es el voto ardiente de sus plegarias, sino aún la regla directiva de sus acciones".

Ahora bien: ¿No importa sobremanera comprender el sentido de esta lucha para la cual la Iglesia acaba de movilizar a todos los fieles con la institución de la Acción Católica? ¿No importa sobremanera conocer a los enemigos, los medios de que se valen, el intento que los guía, la audacia de sus planes? ¿No es ello imprescindible al soldado de Cristo que no quiere caer en sus celadas?

Los Pontífices nos aseguran, uno tras otro, que la dirección de la lucha contra la Iglesia han solido llevarla las Sociedades Secretas; mas, al oír este nombre parece como si no hubiera término medio entre el desdén y la superstición. Y con todo, es absolutamente necesario que cada uno se plantee este problema con seriedad y atención; tan necesario, que CRISTIANDAD se consideraría fracasada en su cometido si no lo consiguiera de sus lectores.

El presente número quiere trabajar en este sentido, apoyándose en la fuerza de un sólo documento; una carta existente en los archivos de la Secretaría de Estado del Vaticano, y debida a uno de los agentes de más talento que las Sociedades secretas hayan tenido nunca a su servicio.

CRISTIANDAD tiene plena conciencia de lo resbaladizo que es el terreno que pisa; y con todo, no vacila en adentrarse en él, y en conducir por él a sus lectores. Los argumentos que les ofrece son bien sencillos y pueden desdoblarse así:

a) *Probar que el documento reproducido es imposible que no sea auténtico en un doble sentido: en cuanto al autor a quien se atribuye, y en cuanto a lo que manifiesta su contenido.*

b) *Si esto es así, y concurriendo los argumentos de otro tipo aludidos al principio, la presunción de derecho estará más bien en favor de la autenticidad siempre que nos encontremos en casos parecidos; pero lo indudable es que carecerán de valor en adelante los argumentos a priori con que se ha querido invalidar en bloque todo documento de esta clase; y su autenticidad deberá discutirse en cada caso particular con argumentos de hecho.*

El lector tiene la palabra, y CRISTIANDAD vería con gusto que hiciera uso público de ella.



...Desempolvando un documento para una meditación histórico-política

Sobre un curioso personaje que se obstina nada menos que en negar su propia existencia.

No se trata de un escéptico antiguo, ni de un relativista moderno. Es un personaje real, sin ser un personaje de carne y hueso. No es un fantasma, ni el diablo, a pesar de que tiene tratos con él y de que le sirve eficazísimamente. Su presencia ha sido decisiva, no sólo en la "Historia" con mayúscula, sino en la personal de cada uno. Voy a decirte su nombre: es la Credulidad.

Tú, yo, cualquiera sabe que la Credulidad existe. Todos están de acuerdo sobre esto: todos, excepto ella. Porque cuando la credulidad habla se esfuerza siempre en negarse a sí misma. En esta empresa la secundan los que están bajo su dominio: ¿quién ha pronunciado nunca, en efecto, la frase: la Credulidad me domina? Este tal ya no sería crédulo, ya iría precavido.

Veamos ahora en qué argumentos se funda la Credulidad para decir que no existe. Algún argumento, alguna demostración deberá utilizar, puesto que su no existencia no es, ni mucho menos, una verdad evidente de por sí.

Pues muy sencillo, la Credulidad se apoya, para afirmar que no existe, en una facultad que usurpa, y que constituye su orgullo: en la facultad de pensar.

Siempre la Credulidad ha pretendido pensar por cuenta propia. Siempre se ha figurado gozar de independencia de criterio. Y aquí comienza su locura.

Había hace tiempo en una población de la costa catalana un pobre loco. Iba paseando por las calles con aire muy grave, y si alguien se le acercaba, decía:—"no me habléis: estoy muerto".

La Credulidad hace lo propio. Como el loco de Calella, avanza repitiendo:—"No me habléis: no existo". —"¿Y en qué te fundas, pobrecilla, para decir que no existes? Si eres invisible a tu propia mirada, ¿no son bien visibles, por desgracia, las obras que produces?"—Ni por esas: ya era de prever.

—"No me habléis: no existo, va repitiendo la Credulidad. Mi existencia sería incompatible con el pensamiento, con la independencia de criterio. ¿Y quién ha pensado tanto en la vida como yo? ¿Quién puede alegar mayor independencia de criterio? He ahí mi argumento de claridad y distinción verdaderamente cartesianas: "Pienso, luego no existo".

Donde se muestra que el pensamiento es, en cierto sentido, la esencia misma de la Credulidad.

La Credulidad, para negar su propia existencia, se apoya en el pensamiento. Dice: "El pensamiento y yo somos incompatibles", y a primera vista tiene razón. Mas esta ilusión no resiste un examen sostenido. El pensamiento no

sólo no es opuesto a la Credulidad sino que, en cierto sentido, es, justamente, su esencia. No habría Credulidad si no hubiese pensamiento.

Nada más lejos de una paradoja. Volvamos, para mostrarlo, a nuestro ejemplo del loco. ¿En qué consiste la enfermedad de un loco, en qué consiste la locura? Todos lo saben: la mayoría de las veces, en la manía de razonar. El loco no tiene uso de razón, justamente por abuso de razón. "Muchos no estarían en el manicomio, me decía en una ocasión un confesor experto, si en su tiempo hubieran sido dóciles" y no dudo que los psiquiatras mejores avalarían este dictamen.

Pues bien: con la Credulidad ocurre algo parecido: la Credulidad no es carencia de pensamiento propio, sino, más bien abuso de pensamiento propio. Si algo se opusiera diametralmente a la Credulidad, este algo no sería el pensamiento; sino, en todo caso, la fe.

En efecto. La fe es un obsequio razonable —"rationabile obsequium"— hecho a quien sabe más que nosotros. La fe, en el fondo, es un homenaje que la razón se presta a sí misma: la razón, en tanto que mora en un discípulo, a la razón, en tanto que mora en un maestro. La Fe sobrenatural es el homenaje de la razón humana a la Infinita Razón Divina.

Nada más razonable que la fe. Por esto León XIII pudo escribir que quien niega la fe, niega, al propio tiempo, la razón. Mas, ¿qué refugio queda al desdichado que tal hace, si no es la Credulidad?

Es un hecho de experiencia constante este de la Credulidad del infiel. ¿Con qué seriedad practica el infiel sus credulidades! No es necesariamente la superstición: quiero decir, las mesas danzantes y todo eso, aunque lo sea con más frecuencia de lo que parece; basta que sea la "Ciencia", o la "Crítica", o la "Democracia" representativa.

La Fe es uso de razón, la Credulidad es abuso de razón. Abuso de la razón propia, pseudo-independiente, contra una Razón superior. Es un pensamiento que se solidariza con sus propias limitaciones. Que no nos venga, pues, la Credulidad diciendo: "Pienso, luego no existo": porque piensas demasiado, porque piensas donde no debes y como no debes, ¡por esto, precisamente, existes!

De un caso particular en que la Credulidad consistiría en no creer.

Llegamos al tema del presente número. Este número es una invitación a sacudir el imperio de la Credulidad en una materia que, si bien no pone en peligro directo nuestra fe, debilita, con todo extraordinariamente, las defensas que debemos utilizar en su servicio.

¿Qué es, pues, lo que importa aceptar en este caso particular para no ser crédulo, para no dejarse llevar inconscientemente a donde pretenden los enemigos de la Iglesia, a saber: a colaborar con ellos en la empresa de correr un

PLURA UT UNUM

velo sobre sus actividades? Pues sencillamente: *lo que importa aceptar en este momento es la autenticidad de un documento que reproducimos.*

Este documento cuenta, exactamente, un siglo de existencia. Su actualidad no puede ser mayor: no tan sólo porque ahora se hacen sentir plenamente los efectos de una obra por aquel entonces todavía joven, sino, además, porque permite aplicar por analogía a algunos hechos actuales incomprensibles la lección que de ella se desprende. "Cuando no se puede hablar de política se habla de historia", se ha dicho. Que el lector medite por su cuenta sobre historia y sobre política.

Empezaré enumerando las dificultades que presenta la aceptación del documento que nos ocupa. Pueden reducirse a dos grupos: las que pretenden basarse en el contenido del documento, y las que discuten la autoridad de quien lo dió a conocer. Las segundas son indirectas, las primeras, directas, pero todas ellas exclusivamente "a priori". Una verdadera refutación directa del contenido del documento, que *probase* su falsedad, no las ha habido en ningún momento ni las podía haber: a pesar del estremecimiento ("fremito") que en su día produjo en Roma el anuncio y la publicación de la obra que lo recoje.

1.º Dificultades "a priori" al documento que nos ocupa.

Descubrir de repente la existencia de un poder secreto que ha minado por todas partes la sociedad hasta el punto de poder jactarse de que "una revolución particular en esta o aquella comarca es cosa que se logra siempre que bien se quiere"; un poder de una audacia tal que se atreve a proponerse como fin "la caída de los tronos", y tan diabólico que, por detrás de este primer objetivo, apunta nada menos que a "luchar cuerpo a cuerpo con los Cardenales del Espíritu Santo" a quienes desprecia, a "herir con la honda de un nuevo David al Goliat pontificio", a "extirpar el germen católico y cristiano"; un poder sostenido por un odio frío, desinteresado; odio seguro de sí mismo, inmune a toda vanidad, porque se contenta con dejar a otros no tan sólo la misión de figurar, sino, incluso, la de llevar en apariencia la dirección de la empresa; descubrir de repente, en una palabra, *la verdadera faz de la Revolución*, esto es algo que sobrecoge, y hace brotar de nuestros labios una exclamación de protesta: "tanta maldad no puede concebirse, sería demasiado terrible".

2.º Dificultades indirectas, que discuten la autoridad de quien publicó el documento que nos ocupa.

La autenticidad del documento que nos ocupa, hemos dicho, no fué nunca discutida directamente: pero se levantó pronto una oleada de descrédito contra el historiador que lo había descubierto. "Crétineau-Joly, se dijo, no tiene autoridad; los documentos que publica no son serios; su anterior "Historia de la Compañía de Jesús" le hizo convicto de ligereza, y esta ligereza se acentúa en la presente "L'Eglise Romaine en face de la Révolution". Esto basta y sobra para distraer nuestra atención de una investigación más sostenida: todo queda reducido a truculencias de un exaltado por no decir de un falsario.

El documento que reproducimos no puede estar falsificado.

Hemos resumido las dos clases de dificultades que se oponen a la autenticidad del documento que reproducimos. Su valor lógico es casi nulo; su valor psicológico es casi



Cardenal Bernetti

Secretario de Estado en tiempos de Gregorio XVI

infinito. No bastaría, por consiguiente, dejar demostrado que este documento, no tal sólo no es falso, sino que *es imposible que lo sea*, si no nos "entregamos", por así decirlo, a esta prueba. Porque el efecto que pretende es ambicioso: modificar nuestra mentalidad, cargar nuestra conciencia con un nuevo peso de responsabilidad.

Nuestra prueba puede descomponerse así:

1.º Bajo un primitivo título de "*Historia de las sociedades secretas y de sus consecuencias*", Crétineau-Joly emprendió la redacción de su obra por encargo de Gregorio XVI confirmado a su muerte por Pío IX; los documentos que reseña le fueron confiados en gran parte por los Cardenales Secretarios de Estado, Bernetti y Lambruschini.

2.º Posteriormente Pío IX, por razones de caridad y de oportunidad política, detiene la publicación de la obra en la primera forma como estaba redactada; con gran contrariedad de su autor, que no supo abstenerse, dicho sea de paso, de manifestar su despecho.

3.º Unos años después de las jornadas revolucionarias de 1848, cuando la Iglesia hubo ya sacrificado cuanto podía y debía con el fin de agrupar a las ovejas descarriadas por la Revolución; y una vez hecho patente el juego de ésta, de aprovechar las liberalidades del Papa para más fácilmente alcanzar sus designios, encontramos de nuevo a Crétineau-Joly en correspondencia con el nuevo Secretario de Estado, Cardenal Antonelli; y en 1857 lo encontramos a los pies de Pío IX suplicando y obteniendo el perdón de sus yerros pasados y comprometiéndose "a no escribir ni publicar nada que pudiera entristecer o herir al Vicario de Jesucristo; al que someterá de muy buen grado cuantos escritos desee conocer".

4.º Una carta del 3 de julio de 1858 nos muestra a Crétineau-Joly en correspondencia con el Cardenal Antonelli, al que escribe:

"Vuestra Eminencia no se sorprenderá de que perseverare en la idea que nos propusimos en diciembre último. Me he comprometido, y Vos sabéis con qué franqueza y gusto, a llevar y leer mi manuscrito en Roma..."

Mas una lectura de un manuscrito en Roma era algo en extremo delicado, ya que equivalía en cierta manera a hacer solidaria de la obra a la Corte romana. Por intermedio del General de los Jesuitas, P. Beckx, que intervino para gestionar esta lectura, el Cardenal Antonelli responde a Crétineau-Joly que "si deseais venir tendréis buena acogida, y se os dedicará todo el tiempo que desecis". El 12 de noviembre el historiador escribe a su hijo: "Mi primer volumen ha sido leído y releído y aprobado en todos sus extremos. "E un capo d'opera", "¡Es una obra maestra!" "Es la consigna del Vaticano..." Quince días después: "He leído el manuscrito del segundo volumen; creo haber triunfado. Sólo me han pedido dos modificaciones insignificantes..."

5.º Admitamos que son ciertas todas las acusaciones levantadas contra Crétineau-Joly. ¿Se deduce algo contra los documentos en cuestión? De ninguna manera, sino que la autoridad de los mismos resulta, en este caso particular, reforzada por ello. El carácter del historiador, sus méritos lo mismo que sus defectos, eran bien conocidos en los medios pontificios. ¿Es concebible que la Corte romana dejara en sus manos, sin extrema vigilancia, unos documentos de tanta responsabilidad?

Pero hay más que esto. Se publican sucesivamente dos ediciones de la obra. En ella se cita la procedencia de los documentos publicados, y nadie, en el Vaticano, lo desmiente. Más. La "Civiltà Cattolica" se hace portavoz de estos documentos a que nos referimos, y los hace objeto de un estudio directo en los archivos. Sus números de 1875, por ejemplo, van llenos de este tema, del problema del judaísmo y de las sociedades secretas. Otro día reproduciremos fragmentos de estos artículos, porque toda insistencia en este tema es poca. Por fin, ¡oh supremo desconcierto, en caso de una falsificación!, la tercera edición de la obra, de 1861, llevaba la siguiente felicitación de Pío IX:

"Hijo querido: salud y bendición apostólica.

Títulos especiales has adquirido al reconocimiento nuestro cuando hace dos años formaste el proyecto de componer una obra que ha sido terminada no ha mucho y dado de nuevo a la estampa, *encaminada a mostrar por medio de documentos a esta Iglesia Romana de continuo blanco de la envidia y encono de los malos...* Por lo mismo, *Nos hemos recibido con gozo los ejemplares que nos has ofrecido*, y por esta afectuosa atención tuya te tributamos justas acciones de gracias. Los tiempos que después han venido (tiempos, ¡ay! muy tristes y acerbos por lo funestos a esta Sede de Pedro y a la Iglesia) no bastan a desasosegar nuestra alma, pues la causa que defendemos es la causa de Dios.

...Supliquemos al Señor Topoderoso... para que se desvanezca la horrible tormenta... Y confirmámoste nuestro particular amor con la Bendición Apostólica..."

"Dado en San Pedro a los 25 de febrero de 1861..."

6.º Los apartados anteriores evidencian que la felicitación de Pío IX no era de mera cortesía; sabía perfectamente la gravedad de los temas que Crétineau-Joly trataba en su obra, puesto que él mismo había detenido por un tiempo su publicación. Queda una última dificultad, que nace de la extrañeza que causa, a primera vista, que se

mantenga, bajo el pseudónimo, la personalidad del autor de la carta a que nos referimos.

Esta última dificultad y algunas otras que pudieran presentarse quedan suficientemente aclaradas con lo que escribe el historiador Claudio Jannet en 1881:

"Estos documentos tan precisos sobre la acción de las sociedades secretas y particularmente la *correspondencia de los miembros de la Alta Venta italiana* fueron capturados a la muerte de uno de ellos, en 1846, por el Gobierno pontificio. Fueron comunicados a Crétineau-Joly por orden del propio Gregorio XVI en los primeros días de marzo del mismo año, y publicados más tarde con la aprobación expresa de Pío IX. ESTÁN TODAVÍA EN LOS ARCHIVOS DEL VATICANO. Si no se han hecho públicos los verdaderos nombres de los personajes y se ha mantenido en la obra los pseudónimos bajo que se ocultan, es por consideración a las familias distinguidas a las que pertenecían varios miembros de la Alta Venta. NINGÚN DOCUMENTO HISTÓRICO OFRECE MÁS GARANTÍAS DE AUTENTICIDAD..."

* * *

Conclusiones.

Las objeciones presentadas contra esta autenticidad las hemos reducido a dos. Una, que, confundiendo las especies, intentaba invalidarla atacando al crédito que merece Crétineau-Joly —con qué grado de verdad en nada afecta al presente caso—, otra, la objeción "a priori" de que la perversidad que este documento supone es inconcebible.

La primera objeción está directamente refutada, al mostrar, como hemos hecho, que no está en juego la seriedad de Crétineau-Joly, sino de Pío IX y de los cardenales más eminentes de su curia; la segunda, puede retorcerse, por este hecho, contra quien la esgrimiera. En efecto: si el documento publicado es auténtico, como hemos demostrado a todas luces, el argumento "a priori" del tipo *transcrito carcerará, en casos semejantes, de valor*. "Tamaño satanismo es imposible", decía; a esto, puede, en adelante, responderse: "Tenemos por lo menos un caso en que tal satanismo es un hecho: luego es posible." Decían los antiguos: "ab esse ad posse valet illatio".

Luego—y esta es la conclusión definitiva del presente número—*en cualquier caso en que deba discutirse sobre la autenticidad de documentos parecidos, los argumentos que se invoquen para invalidarlos deben fundarse sobre el examen de cada documento particular; no es posible admitir la objeción de "non recevoir" puramente apriorística "porque sería demasiado terrible"*.

* * *

Decíamos al principio: la Credulidad es opuesta a la fe. La razón prudente sirve a la segunda; la "independencia de juicio" sirve a la primera. ¿De qué manera le sirve en este caso? Dejándonos indefensos a manos de los enemigos de la Iglesia; los cuales, a quien no quiere juzgarles tales como son, siempre le llevan a creer que son como quieren que se les juzgue.

Hemos hablado a la Credulidad y hemos hablado a la Fe. A la primera, no le queda ya más actitud digna que retirarse al ostracismo; a la segunda, que recogerse en su celda a meditar sobre la historia y sobre la buena y la mala política...

Jaime Bofill

CRISTIANDAD, siempre que en sus páginas se suscita la llamada cuestión judía, no olvida que la solución de tan espinoso problema está maravillosamente cifrada en las palabras de San Pablo: **«Por lo que toca al Evangelio, son enemigos por causa de vosotros (los cristianos); mas por lo que toca a la elección son amados por causa de sus padres.»** (Cap. II, 28).

Nombre de guerra de un héroe del sectarismo: PICCOLO-TIGRE

*...porque los hijos del siglo son más sabios
unos con otros que los hijos de la luz.*

Lc. XVI - 6.

Una persona muy querida para mí, tan querida que interpreto como órdenes sus deseos —y valga la frase hecha que para este caso bien hecha está— me ha sugerido la posibilidad de que yo hilvanase unas líneas de introducción al presente número. A escribir verdad, no se alcanza la razón de tal encargo ya que ni de su bondad puedo temer el deseo de inmiscuirme en ello sin razón suficiente, ni a su inteligencia puedo atribuir el propósito de así favorecer nuestra querida Revista.

En fin, y obediencia se llama esta figura, empezaré sin más ventajas sobre el lector medio que el haber tenido ya ocasión de hojear y ojear el material de nuestra sección de documentación "ut igni comburantur".

No sé si con ello cumpliré o no mi cometido, pero quisiera exponer aquí la profunda admiración que me inspira la figura taimada y tenaz, inteligente y apasionada, paciente y vehemente, dinámica y poderosa, de Piccolo-Tigre.

Esta admiración —no sea que al expresarme así me comprometa— no implica desde luego simpatía, ni deseo alguno de imitación, pero es indudable que no puede estar exento de admiración el temor que nos inspira un hombre que si se admite la autenticidad de dichos documentos, durante más de veinte años viaja constantemente a través de Europa, escribe cartas sin cesar, descuida indudablemente sus negocios y estimula a sus colaboradores a los sacrificios más heroicos si es que podemos hablar de heroísmo al referirnos a los sacrificios inmolados en el altar del Mal.

Durante este tiempo, Piccolo-Tigre, finge interés por sus

operaciones financieras de acuerdo con las cualidades y defectos que comúnmente se atribuyen a su raza, y en cambio disipa grandes cantidades de dinero y emprende costosos viajes con una finalidad, que todos ignoran, besa la mano de los preladados, saluda a príncipes y encopetadas damas y acaso colabora con obras benéficas y nobles y, en cambio, instruye a poderosas fuerzas para que vuelquen todo el edificio social y político de su época, disuelvan las bases de la familia y el Mal triunfe por doquier sin beneficio para nadie.

Todo esto lo hace siempre con una finalidad última que constituye la gran pasión de su vida: su inextinguible odio al Papado.

Admiremos por fin la oportuna elección del pseudónimo: Piccolo-Tigre, cachorro de tigre, que se proponía crecer para mejor destruir el rebaño de la Iglesia de Cristo a la que combatía con flexible inflexibilidad durante toda su vida.

Finalmente, y esto lo dice el Fresno que desde media loma otea el cielo y la tempestad, al rebaño y al tigre, no se diga que ni en este temor ni en esta admiración hay odio ni a una raza ni a unos hombres ni un anti... ismo cualquiera; no se diga que las ovejas del rebaño piensan perseguir al tigre porque lo están mirando de cierta manera: lo único que quieren es lo que en alemán se llama *Abstandsnehmern* y que traducido así de cualquier manera quiere decir ponerle tierra en medio, en parte por prudencia y sobre todo, para que no nos confundamos.

Fraxinus Excelsior

En 1822 «Piccolo-Tigre» escribía:

"...La Suprema Venta desea que con cualquier pretexto se introduzcan en las logias masónicas el mayor número de príncipes y ricachos que se pueda. Los príncipes de estirpe soberana que no abrigan la esperanza legítima de ser reyes por la gracia de Dios, suspiran todos por serlo por la gracia de una revolución..."

"...Con satisfacción profunda he visto en mi último viaje a Francia que los recién iniciados nuestros se entregan con grande ardor a la propagación del carbonarismo; con todo me parece que precipitan demasiado el compás y el tiempo. A mi ver, hermanan con exceso la saña religiosa

con la saña política, siendo así que la conspiración contra la Sede romana no debería confundirse con ningún otro proyecto..."

"...Limitémonos a conspirar únicamente contra Roma, y para ello beneficiemos todos los episodios, aprovechémonos de cuanto suceda; pero desconfiemos, sobre todo, de las exageraciones del celo: un odio frío, meditado y profundo, vale más que todos los cohetes y declamaciones de tribuna. En París esto no se comprende; pero en Londres he encontrado quien se ha penetrado mejor de nuestro plan, asociándose a él con mayor fruto".

Retrato de «Piccolo-Tigre», por Créteineau-Joly

Ese judío de incansable actividad, pues no cesa de recorrer el mundo de un extremo a otro para suscitar enemigos al Calvario, desempeñaba en aquella época de 1822 gran papel en el carbonarismo. Encuéntrase ora en París, ora en Londres, a veces en Viena, con frecuencia en Berlín, y en todas partes imprime la huella de su paso, en todas partes alista en las sociedades secretas y también en la Suprema Venta a hombres celosos en quienes cifra la impiedad fundadas esperanzas. Para los Gobiernos y la policía es un mercader de plata y oro, uno de esos *banqueros cosmopolitas* que sólo respiran negocios y no piensan sino en su comercio; pero visto de cerca, estudiado a la luz de su correspondencia, es uno de los agentes más poderosos de la destrucción proyectada, es el lazo invisible que reúne en una sola conjuración cuantas corrupciones de segundo orden conspiran para la ruina de la Iglesia.

Un financiero aparente – conspirador real – nos informa de los resultados de un viaje de “negocios” por las capitales de Europa

Financiero en apariencia, conspirador en realidad, el hombre que se esconde bajo el pseudónimo de «Piccolo-Tigre» ha amasado con sus manos cien años de historia de Europa

* * *

La carta suya que reproducimos, en la que narra sencillamente uno de sus viajes de «negocios» por las capitales europeas, es más, mucho más que un documento histórico: es una explicación histórica

* * *

Su autor adelanta una profecía: «el asalto que de aquí a pocos años y tal vez dentro de algunos meses daremos a los príncipes de la tierra los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y de sus impotentes ejércitos»... como una sacudida eléctrica, dos años más tarde la primera revolución social conmovía a Europa

Todos los trabajos del presente número giran alrededor del documento que transcribimos, con notas aclaratorias para su mejor inteligencia, el cual es testimonio críticamente indiscutible de la insidiosa y tenaz actividad de las sectas.

Los ánimos están preparados y aprontado el dinero para un próximo y grandioso desenlace: la caída de los tronos.

Cuando hay razón suficiente, también se abre la bolsa de la “hermandad” judía...

A los dos años, la primera revolución social devastaba a Europa. (Efemérides, pág. 220).

“Hemos advertido a los príncipes y los príncipes duermen aún; hemos anunciado a los pueblos las calamidades futuras y los pueblos han cerrado ojos y oídos...” Así se dirigía, dramáticamente, el Pontífice León XII a su Secretario de Estado, Cardenal Bernetti.

«El viaje que acabo de verificar por Europa ha sido tan feliz y productivo como habíamos esperado; de hoy más no nos falta sino querer para llegar al desenlace de la comedia. En todas partes he visto los ánimos muy inclinados a la exaltación, y nadie hay que no confiese que el mundo antiguo se hunde y que el tiempo de los reyes ha pasado ya. La cosecha por mí recogida ha sido abundante, y sus primicias van en este mismo pliego, siendo inútil que de ellas me déis recibo, pues no soy aficionado a cuentas con mis amigos, y casi podría decir con mis hermanos. El grano sembrado fructificará sin duda, y a dar crédito a las noticias que recibo estamos tocando a la época tan deseada, sin que en mí sea posible la duda acerca de la caída de los tronos pues acabo de estudiar en Francia, Suiza, Alemania y hasta en Rusia el trabajo de nuestras sociedades. El asalto que de aquí a pocos años y quizás dentro de algunos meses daremos a los príncipes de la tierra los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y sus impotentes ejércitos. En todas partes he observado entusiasmo en los nuestros y en los enemigos gran apatía e indiferencia, y esto es señal infalible de victoria; pero ésta, que tan fácil ha de ser, no será la que hemos tenido en mente al no retroceder por sacrificio alguno: otra hay más preciosa y duradera suspirada por nosotros tiempo ha, y vuestras cartas y las de nuestros amigos de los estados romanos permiten conside-

UT IGNE COMBURATUR

Mas el desenlace que se avecina no es el fin supremo perseguido; veinte años antes ya afirmaban, y ahora repiten que "nuestro objetivo final... es el anonadamiento del catolicismo y de toda idea cristiana: que, si permaneciera viva entre las ruinas de Roma, difundirlo después otra vez..."

¡Alto ahí! Por primera vez en todo este documento nos suena esta frase a falta de sinceridad, mejor diremos, a despecho. En efecto, otro de los magnates de la Alta Venta escribía dos años antes ante el mismo destinatario: "...no sucede así entre los Cardenales, todos ellos han logrado evitar nuestras celadas... Ni un solo individuo del Sacro Colegio ha caído en el lazo..."

Un aspecto de las relaciones de la Alta Venta con Mazzini, el fundador de la "Joven Italia", futuro presidente de la República romana en los días aciagos del destierro de Pío IX a Gaeta.

También en Malta poseía una imprenta la Alta Venta. El dato es interesante si se recuerda la intervención eficaz de Inglaterra en las Revoluciones europeas del siglo XIX y que, ahora parece debe atribuirse a Rusia. "Piccolo-Tigre" lo confesaba en otra carta ya reproducida por CRISTIANIDAD en su número 45: "De este modo, con seguridad completa, impunemente, y al amparo del pabellón británico podremos inundar a Italia de cuantos libros y folletos considere la Venta necesario poner en circulación".

arla cercana. Ella es el supremo fin que nos proponemos, el anhelado término de nuestros afanes, el premio apetecido de nuestras penas y sacrificios.

«Y no se trata de una revolución en esta o la otra comarca, cosa que se logra siempre que bien se quiere; para dar con toda seguridad muerte al mundo antiguo hemos creído que había de ser extirpado el germen católico y cristiano, y vos, con la audacia del genio os habéis ofrecido para herir en la frente, armado con la honda de un nuevo David, al Goliat pontificio. ¿Cuando descargaréis el golpe? Tárdame en verdad ver a las sociedades secretas luchando cuerpo a cuerpo con los cardenales del Espíritu Santo, endebles e infelices seres que no pueden salir nunca del círculo en que les encierran la impotencia y la hipocresía.

«En mis viajes he visto muchas cosas y muy pocos hombres, lo cual me inspira la convicción de que tendremos gran número de soldados adictos, pero no una cabeza y una espada que dirija y mande; el talento abunda menos que el celo. El buen Mazzini, a quien he encontrado varias veces, no sabe apartar de su entendimiento y de sus labios la quimera de la humanidad unitaria; pero dejando aparte sus defectillos y su manía de decretar asesinatos posee algunas buenas cualidades, y una de ellas es atraer con su misticismo la atención del vulgo, el cual se queda con tanta boca abierta al considerar sus humos de profeta y sus discursos de iluminado cosmopolita.

«Nuestras imprentas de Suiza están en buen camino; de ellas salen libros como los deseamos, pero cuestan algo caros. A esta propaganda necesaria he destinado gran parte de los subsidios recaudados, y en las legaciones utilizaré lo restante, pues cuento hallarme en Bolonia el día 20 de este mes. Allí con las señas acostumbradas podréis dirigirme vuestras instrucciones, y desde aquel punto marcharé a cuantos creáis que puedan exigir mi fascinadora (1) presencia. Hablad, que estoy pronto a cumplir vuestras órdenes.

(1) En el original de Crétineau: «ma presence dorée.»

EFEMÉRIDES

A los dos años de la carta de «Piccolo-Tigre» la revolución devastaba Europa.—Alborotos, insurrecciones, constituciones liberales, destronamientos...

Enero 1846.—Hácese públicas las aspiraciones del *Sonderbund* suizo.

Octubre 1846.—Revolución de los campesinos en Galitzia.

12-27 enero 1848.—Triunfo de la insurrección en Palermo.

24 febrero 1848.—Abdicación de Luis Felipe, en Francia, tras la revolución. Proclamación de la República.

5 marzo 1848.—Carlos Alberto de Cerdeña y Piamonte promulga el *Statuto* (Constitución).

12 marzo 1848.—Triunfa la insurrección en Viena. Renuncia y huida de Metternich de Austria.

13 marzo 1848.—Alborotos y disturbios en Berlín.

14 marzo 1848.—Pío IX concede Constitución a los Estados Pontificios.

15 marzo 1848.—Manifiesto imperial concediendo Constitución a los dominios austríacos.

16 marzo 1848.—Federico Augusto de Sajonia tiene que nombrar ministerio liberal.

18 marzo 1848.—Insurrección en Berlín.

19 marzo 1848.—Retirada de las tropas en Berlín. Nombraamiento de un ministerio liberal.

20 marzo 1848.—Ernesto Augusto de Hannover nombra un ministerio liberal.

7-17 mayo 1848.—Levantamientos en España. Narváez da los pasaportes a Bulwer, embajador de Inglaterra, evitando así la revolución.

17 mayo 1848.—Fernando I de Austria tiene que huir de Viena.

14 junio 1848.—El Príncipe Bibesco de Valaquia, obligado a aceptar la Constitución revolucionaria, presenta la denuncia y abandona el país.

6-7 octubre 1848.—Segunda revolución de Viena.

17 octubre 1848.—Fuga del Emperador Fernando de Austria.

18 noviembre 1848.—Asesinato de Rossi en los Estados Pontificios. Huida de Pío IX a Gaeta.

2 diciembre 1848.—Abdicación del Emperador Fernando I de Austria.

1848.—Durante ese año ocurren en Rusia sesenta y cuatro levantamientos de siervos.

DIALOGANDO

—Muchos días ha, mi buen amigo, que deseaba verle a usted y hablar.

—Pues aquí me tiene.

—Era a propósito de un número de CRISTIANDAD, sobre los documentos carbonarios de Crétineau-Joly. Podría decirse que es muy interesante si es verdad.

—¿Y qué dudas tiene usted acerca de la verdad de lo allí publicado?

—Pues muchas y graves. En primer lugar, ¿no cree usted que se revelan ustedes un poco antisemitas?

—No sé por qué. Puede discutirse la autenticidad de los documentos, pero si éstos nos revelan que los judíos están al frente de la revolución anticatólica ¿qué antisemitismo puede haber en decirlo? Puedo además afirmar que nosotros no somos antisemitas, pues creemos firmemente en un destino providencial de la raza judía, que ha de dar días de gloria a la Iglesia, y, precisamente hace dos años, en el número 5 de la Revista, se habló algo de ello. Creo, por tanto, que lo esencial es que me exponga usted sus dudas acerca de la autenticidad de los documentos publicados.

—Allá va. Me parece imposible que la maldad y la malicia humanas puedan llegar a un plan tan terrible como es el de corromper friamente a toda la humanidad para conseguir el logro de sus ideas de destrucción y elaborar un proyecto a largo plazo del cual ellos personalmente no pueden esperar ningún beneficio, y, más bien, si se realiza, perjuicios, pues según dicen, "Piccolo Tigre", es un acaudalado banquero.

—Efectivamente; es cosa que parece imposible, pero no lo es. ¿No parecen imposibles sacrificios de santos, patriotas y hombres de ciencia para obtener la salvación del alma, la grandeza de su patria o la fama? Si es indiscutible que ha habido y hay santas almas que se imponen terribles penitencias y sacrificios para salvarse, y llevar almas al buen camino por amor a Dios, ¿por qué el odio al mismo Dios, que indudablemente existe, por muy incomprensible que nos parezca, no puede llevar a algunos a sacrificios semejantes?

—¿Y si los documentos que ustedes citan no son auténticos? Porque yo he oído decir que Crétineau-Joly era hombre de poca solvencia.

—Admitamos en este caso que sea un autor poco serio.

Cuanto más verdad sea esto más grande es la garantía de autenticidad. Y, si no, fíjese en los siguientes puntos:

1.º) Gregorio XVI le facilita los documentos para que publique una historia de las sociedades secretas. El Cardinal Bernetti le apoya con toda su influencia.

2.º) Muere Gregorio XVI y al reinar Pío IX revoca la orden, diciendo que no es momento oportuno.

3.º) Crétineau-Joly se molesta y escribe alguna obra en la que ataca a Pío IX.

4.º) Después de la Revolución de Roma, Crétineau-Joly pide perdón a Pío IX y éste ante el nuevo giro de los acontecimientos autoriza la publicación de esta obra, pero

5.º) quiere conocerla antes de que se publique y el autor manda a Roma las pruebas para su censura.

6.º) Me dirá usted que Crétineau-Joly podía publicar una obra distinta de la leída, pero, y ésta es la garantía definitiva de todos los documentos publicados, después de aparecer la obra, Pío IX le manda una carta laudatoria que se inserta en la tercera edición. Ciertamente que es costumbre de los Papas contestar con una carta, siempre que no haya en una obra errores de dogma, pero es que en este caso se trata de *algo confeccionado con materiales proporcionados por el mismo Vaticano*, y, por lo tanto, lleva evidentemente a la conclusión de que Crétineau-Joly ha utilizado correcta y fielmente los documentos que se le habían facilitado. Piense usted en la importancia de esta carta laudatoria.

No hay más que una línea de escape para poder negar su autenticidad: y es que estos documentos, proporcionados a Crétineau-Joly, fueran falsos. Pero esto es tratar a Gregorio XVI, Pío IX y a los Cardenales Bernetti y Lambruschini, al General de los Jesuitas, etc., o de unos perfectos falsarios al hacer publicar unos documentos que ellos sabían eran falsos o, por lo menos, tratados de increíblemente cándidos. Ambas suposiciones, y no es posible hacer otras, me parecen insostenibles. Y por monstruosa que parezca la conspiración anticristiana habremos de admitirla como cierta y apoyada en documentos auténticos. Y llegar a la conclusión de que en frente de la Iglesia de Jesucristo existe una Anti-iglesia de Satanás, que trabaja con todas sus fuerzas para destruirla.

Domingo Sanmartí

Eon fundamento decía Tertuliano que la sangre de los mártires engendraba cristianos, y ya que es cosa resuelta en nuestros Consejos que no ha de haber más cristianos, no aumentemos el número de los mártires, antes popularicemos el vicio entre las turbas. Hagamos que lo respiren por sus cinco sentidos, que lo beban, que se saturen de él, teniendo presente que esta tierra en que sembró el Aretino está siempre dispuesta a recibir lúbricas enseñanzas. Formemos corazones viciosos y los católicos se acabarán.

(Carta de Vindicio a Nubius, escrita en Castellamare el 9 de Agosto de 1838)

Un centenario

"La obra que vamos a emprender no es de un día, ni de un mes, ni de un año; puede durar años y años y quizá un siglo..."

(De la instrucción de la "Alta Venta")

No es la primera vez que aludimos a él, y probablemente tampoco la última. Ya en nuestro número de primero de febrero del año actual, la editorial hacía referencia al transcurso de un siglo de aquella época en que las sectas, acentuando su lucha contra la Iglesia, trazaron el plan de actuación en que se fijaron tal plazo para el logro de sus propósitos.

Al cumplirse éste hicimos referencia a sus antecedentes. Mas ello, sin duda, se interpretó por muchos, algo así como una curiosidad histórica o un simple detalle de erudición de nuestra revista. De la misma manera que al cumplirse el centenario de un nacimiento ilustre, de una defunción célebre o de una institución gloriosa, se dedican unas páginas a glosarlos y se hacen referencias a la persona o entidad causantes, muchos pensaron sin duda que el cumplimiento de los cien años de aquellos acontecimientos que comentábamos nos movió a recordarlos, por el sólo deseo de refrescar detalles pintorescos y notas interesantes de un momento de la historia.

Mas no es ese nuestro caso, ni obedece a tal nuestro propósito. Bien al contrario, en lugar de recordar, lo que queríamos hacer era actualizar; en lugar de leerse *sucedio*, en nuestras citas, debía leerse *sucede*. Y ello no por esa sabida creencia de que los hechos en la Historia se repiten, y que en consecuencia pudiera existir una cierta analogía entre el entonces y el ahora, sino porque entre aquéllo y éste la analogía llega a la identidad y la identidad deriva de la continuidad, por ser el presente la consecuencia inmediata del pasado.

* * *

Un siglo atrás, exactamente a principios del año 1846, un estado de inquietud y desasosiego va invadiendo todas las naciones europeas. Las sectas han concretado su plan de actuación para derribar gobiernos, forjando revoluciones. Su esfuerzo es grande, organizado y constante; vemos a sus agentes por doquier; siempre disfrazados, en su persona, con la ficción del pseudónimo y en sus actividades con las apariencias de pacíficos comerciantes, viajeros o banqueros, movidos exclusivamente por el ansia de viajar o la necesidad de negociar; se aúnan medios económicos, se cursan órdenes y como consecuencia se presagian tempestades.

Con claridad profética, producto de su cualidad de factores, vaticinan inmediatos resultados. Y tales vaticinios no fallan; poco después, a lo sumo un par de años, Europa se siente sacudida de arriba abajo por la onda revolucionaria, cual continental terremoto. Reyes y Príncipes, Monarquías e Instituciones, son derribadas, se hunden y desaparecen.

¿No es acaso la misma la situación en este 1946 que vivimos? ¿No salta a la vista que un algo extraño, profundo y misterioso se agita en el fondo de las sociedades y hace que se presente la inestabilidad de todo lo existente? ¿No estamos bien convencidos en nuestro interior de ese hecho y no dejamos de mirar con incertidumbre y recelo el futuro que haya de llegar? ¿No estamos viendo cómo, en apariencia, el mal triunfa sobre el bien y la injusticia sobre la

justicia, al igual como entonces lo vieran los grandes pensadores de la época?

Están en error quienes aleguen se trata de una analogía de coyunturas históricas; pueden variar los factores externos circunstanciales, pero en lo esencial es el actual un mismo e idéntico fenómeno en relación con aquél de un siglo atrás.

¿Quién nos dice que quizá para mayor identidad no haya de ser el próximo 1948 fecha en que la nueva onda revolucionaria y destructora sacuda al mundo? Tal como se vaticinan los acontecimientos nada aventurado es el suponerlo.

* * *

El Mal labora contra la Iglesia de Cristo, y al cumplirse ese siglo decimos que la situación es idéntica.

No se crea que la variación externa, puede hacer distinta la esencia del ataque. El revolucionario de entonces es el mismo de ahora, y tras la revolución, en uno y otro tiempo, se mueven, la impulsan y dirigen los mismos elementos.

Con gran belleza de estilo, considerando tales cosas, ya Donoso Cortés, en aquel entonces, nos presentaba la mirada triste del Salvador, justificando tal tristeza porque Su visión de todas las cosas presentes, pasadas y futuras, contemplara "...al protestantismo cayendo sobre la Iglesia; a las revoluciones amamantadas en los pechos del protestantismo, cayendo sobre las sociedades, y a los socialistas cayendo sobre las civilizaciones" (1), y de esa forma hacía sinónimos, como frutos de la misma idea destructora, a la revolución y al socialismo. Entonces no existía una Rusia bolchevique, sino bien al contrario, y sin embargo, con cierta evidencia, por cuanto veía el fondo más que la forma, poco después (2) nos dice que el día en que la revolución haya disuelto la sociedad, y desquiciado los ejércitos permanentes y haya logrado la unión de los pueblos eslavos, "sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces ésta podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria, y entonces presenciara el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia..."

¿Ha llegado acaso a tener nunca más fuerza la idea del paneslavismo que en la actualidad? ¿Cabe dudar del gran avance logrado en la disolución de la sociedad? y ¿no es bien cierto el desquiciamiento de la casi totalidad de los ejércitos europeos?

Mas esa alteración profunda y destructora del orden social no es sino un aspecto de la lucha a que venimos aludiendo. Es una manifestación de los modos de combatir a la Iglesia, destruyendo sus instituciones seculares.

Hace cien años, en la época que comentamos, las instrucciones de aquella "Alta Venta" en que se centrara la dirección de la diabólica tarea, se concretaban en aquella idea inspiradora: "La ruina del Trono apostólico ha de ser nuestro único blanco..."

(1) Carta de los redactores de «El País» y «El Heraldo», de 16 de junio de 1849.

(2) Discurso sobre la situación general de Europa, pronunciado en el Congreso el 30 de enero de 1850.



Donoso Cortés

¿Cabe dudar de que hoy está de completa actualidad la propia consigna?

En artículo recientemente publicado en esta revista (3) aludíamos a las concomitancias de las sectas con el protestantismo; a los pastores protestantes se les otorga el grado 33 en la masonería; a su vez el protestantismo estimula a que se apoye a los elementos comunistas y socialistas como útiles colaboradores para la consecución de sus propagandas. Los soviets persiguen y fuerzan a los católicos de los países dominados para que ingresen en la iglesia cismática por ellos controlada; en cambio no tenemos noticia de que se pretenda tal cosa de los protestantes. El protestantismo, dentro de su apariencia conservadora, y el comunismo, en su aspecto revolucionario, son manifestaciones activas y externas del mismo principio destructor.

Ambos a la par tienen un denominador común en su acción: los ataques a la Santa Sede.

Se haría interminable la cita si hubiéramos de transcribir la insidiosa campaña de los soviets contra Roma. Si el Santo Padre solicita clemencia y que se procuren evitar las represalias con los prisioneros, se le tacha de defensor de los criminales de guerra; si llegó a tener noticia de la existencia de movimientos contrarios al régimen nazi, se pretende que era conocedor del complot en sí; se le presenta como protector y colaborador de las naciones vencidas, y más que de ellas de sus regímenes, y así sucesivamente.

Por su parte, los protestantes, en la campaña de difusión de sus principios, ateniéndonos a cuanto citábamos en el número aludido, los vemos dirigir de modo expreso sus sátiras, sus críticas y sus ataques contra el Papa y cuanto en sí es y representa.

* * *

Cabe aún mucho más en orden a demostrar la actualidad vivísima de los hechos y documentos que comentamos. La sola reproducción de estos últimos es suficiente para que cualquiera pueda apreciarlo.

Veamos lo que decían entonces unos y otros y compáremoslo con cuanto sucede hoy día.

Un noble italiano, renegado de su estirpe y de su fé, oculta su personalidad bajo el pseudónimo de "Gaetano", ocupando uno de los puestos destacados de la secta deno-

(3) «Los Protestantes en Sudamérica», CRISTIANDAD, n.º 50, pág. 176 y siguientes.

minada "Alta Venta" y siendo el agente director e impulsor de la misma en Viena, en parte dando cuenta de su labor y en parte un tanto impresionado por la magnitud de las consecuencias, se dirige a "Nubius" el Jefe Supremo, en aquel entonces, de la citada secta (4); de su carta tomamos algunos párrafos que transcribimos seguidamente:

"Veo que fermentan a nuestro alrededor y debajo de nosotros pasiones insaciables, cuya existencia no sospechaba, apetitos misteriosos y odios terribles que pueden devorarnos... Muy fácil ha sido pervertir. Pero ¿lo será tanto sujetar a los pervertidos?"

Eso se decía en 1844, y, sin embargo, ¿habrá alguien que se pudiera oponer, con razón, a que se le pusiera fecha de hoy? Pervertir, corromper, desordenar, destruir, es la consigna reiterada; nuestros días son, cual ninguno, testigos de cómo y hasta qué punto tales cosas se van consiguiendo; ¿hay alguien que no sienta el mismo recelo que inspira la interrogante final del párrafo transcrito?

Habla el documento que citamos del estado propicio al estallido revolucionario en que se encuentran cada una de las naciones europeas, en más o menos grado según su situación e importancia, y dice:

"Lo importante es que Francia imprima su sello a la universal orgía y que París no falte al encargo que tiene encomendado (que no faltará, estoy seguro de ello); pero una vez dado y recibido el impulso, ¿a dónde irá esta triste Europa?"

No se equivocaba al asegurar que Francia no faltaría; en efecto, no faltó; cuatro años después caía estrepitosamente Luis Felipe. La Francia de la Revolución; la Francia germinadora de las ideas libertarias no podía faltar a la nueva orgía; y con el derrocamiento del funesto monarca señalaba el comienzo de la convulsión que sacudiera entonces todo el continente.

A la vista del giro que van tomando los acontecimientos en el país vecino, ¿sería aventurado suponer que París haya recibido un nuevo encargo? A menos que las apariencias engañen, los síntomas así parecen dar a entenderlo.

Hace unos meses, un comentarista de un diario barcelonés (5), analizando la posición de tal país la definía con el siguiente párrafo: "La gran ilusión del Kremlin es hacer que Francia sea a su empresa de bolchevización universal, lo que el caballero venido a menos, canoso y distinguido, es a una Compañía de Seguros, el agente eficaz al cual pocos se atreven a cerrarle la puerta o a cortarle la palabra". Breves son los fulgores que restan del pasado esplendor de tal nación, pero no obstante desempeña su papel.

Sigue diciendo "Gaetano":

"En muchas cosas hemos pecado por exceso. Quisimos arrebatarse al pueblo cuantos dioses veneraba en el cielo y en la tierra; le arrancamos su fe religiosa, su fe monárquica, su probidad y sus virtudes de familia, y ahora que oímos en lejanía sus sordos rugidos nos damos a temblar temerosos de que el monstruo nos devore. Y no hay que esperar de él piedad; poco a poco le hemos ido dejando sin el menor sentimiento bueno..."

¿Difiere algo, acaso, todo ese programa de cuanto vemos suceder en la actualidad? Por doquier donde imperan directa o indirectamente las fuerzas del Mal vemos con qué saña se persigue la religión; cómo aumenta sin cesar el número de perseguidos; cómo se multiplican las trabas y

(4) Carta de Gaetano a Nubius de 23 de enero de 1844.—Crétineau Joly, pág. 222. trad. cast.

(5) Cronista en París de «La Vanguardia Española», 27 de enero 1946.

dificultades con que se obstaculiza la labor de la Iglesia y cómo las leyes sectarias cercenan sus derechos, impiden sus enseñanzas, y tratan de destruir los pilares de la familia cristiana; libertad de costumbres, divorcios y hasta convenios que en nada difieren de los matrimonios a prueba. Hace poco acaba de aprobarse en un país de Sudamérica una ley por la que el amancebamiento, la unión natural, casi podría decirse animal, del hombre y la mujer, pasados dos años de convivencia adquiere ante la ley la condición de matrimonio civil válido; ya ni la más pequeña apariencia de fórmula se exige; el instinto es suficiente.

Uno tras otro van cayendo paulatinamente los tronos, que se encuentran bajo la férula de la revolución (6). Los pueblos se pronuncian por la república y las repúblicas se van transformando en demagogías sectarias y tiránicas. Decía entonces el que comentamos:

“Corre el mundo por la pendiente de la democracia, y desde hace tiempo democracia significa para mí demagogia”.

Son palabras de ellos mismos; es una de las principales figuras de la secta carbonaria quien así se expresaba entonces; no somos nosotros. Y, sin embargo, ¡qué exacta realidad tienen tales palabras!

“...una vez suene la campana revolucionaria la plebe nos devorará, y el precario caudillo que se eleva sobre ella es probable que esté aún hoy en presidio o en algún lugar peor todavía. Nuestra Italia (7), donde se está jugando una doble partida, es posible que os infunda iguales temores, en cuanto acá y allá hemos revuelto el mismo cieno. Y el cieno sube ya a la superficie y temo que llegue a ahogarnos”.

Presidarios elevados a gobernantes. Cienso removido. ¡Cuánto y cuánto nos recuerda todo ello la realidad vivida y reciente de sucesos pasados hace unos años en nuestras Patria y de plena actualidad en tantos otros países!

No podía encontrarse una expresión más exacta. Con las revoluciones el cieno sube a la superficie, y una vez aflora a ella sin duda alguna llega a ahogar, hace la atmósfera irrespirable y el ambiente pútrido. ¡Cuántas aguas turbulentas hay hoy día por el mundo y cuántos cienos han subido a la superficie! Actual; actualísimo, cual si lo hubiesen escrito ayer para comentar cosas del día.

* * *

Tal como dejamos expuesto se expresaban los prohombres de la revolución en aquel entonces. Mas no eran ellos solos; también cuantos veían y analizaban los acontecimientos desde el lado contrario se percataban de las mismas realidades y llegaban a similares conclusiones. Ya lo hemos citado antes, como figura destacada del pensamiento católico de la época; por ello nos limitaremos sólo a dos nuevos trozos entresacados de los múltiples que podríamos traer a colación de las obras de Donoso Cortés:

“No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer, porque no ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va deshaciendo por los aires. Para ellos la revolución de febrero, fué el castigo, y lo que venga la misericordia. Los que vivan verán, y los que vean se asombrarán

(6) Yugoslavia, Hungría, Albania y dentro de poco quizá Bulgaria, Rumanía e Italia.

(7) Carlos Alberto, Príncipe de Carignano, fundador de la actual dinastía de los Saboya, fué francmasón.



Carlos Alberto

Príncipe de Carignano - Rey de Cerdeña

al ver que la revolución de febrero no fué más que una amenaza, y lo que venga el castigo” (8).

Más de treinta años llevaba Metternich gobernando desde Viena como árbitro de los destinos del mundo. El concertaba tratados y alianzas, hacía y deshacía naciones e imponía Príncipes y gobernantes. Todo hacía pensar que su estabilidad era incommovible y su poder irrefrenable. Y sin embargo al llegar la revolución se vino a tierra con todo su poderío, grandeza e influencia. Siempre hay ciertamente quienes no ven, o no quieren ver, lo que es de toda evidencia. Hasta que la realidad abre sus ojos, generalmente cuando ya es tarde.

Las frases transcritas las decía Donoso Cortés en 1849, cuando ya se habían desarrollado en toda su plenitud los sucesos revolucionarios que sacudieron a Europa entera por aquella época. Si pudiésemos vivir en tales momentos nos sentiríamos contagiados del general sentimiento de pavor y grave preocupación que los mismos produjeron, aun en los ánimos más templados. Tras de la definitiva liquidación de las aventuras napoleónicas, restablecidos los Príncipes y dinastías reinantes en sus Tronos y ajustadas fronteras y demarcaciones, parecía que ciertamente aquello ya no habría de poder cambiar. Compréndase, pues, cuál no sería el efecto causado por aquel huracán revolucionario que fué derribando cuanto de más estable se consideraba.

Mas, a pesar de ello, con serena impassibilidad, nos dice que todo ello no pasaba de ser una simple amenaza comparado con lo que después habría de venir. ¡Qué risas causarían entonces esa profecía!; pero qué pronto quedarían heladas esas risas si los que entonces vivieron hubiesen podido ver cuanto viene sucediendo ahora. Aquéllo era sólo el principio; por eso es tan cierta la actual continuación.

Un año después, cuando ya es un hecho pasado la revolución tantas veces citada, sigue diciendo (9):

“Todo anuncia, para el hombre que tiene buena razón, buen sentido e ingenio penetrante, una crisis próxima funesta; todo anuncia un cataclismo como no le han visto los hombres... Hoy día, señores, en Europa todos los caminos, hasta los más opuestos,

(8) Carta a los redactores de «El País» y «El Heraldo» de 16 de julio de 1849.

(9) Discurso sobre la situación general de Europa, pronunciado en el Congreso el día 30 de enero de 1850.

conducen a la perdición. Unos se pierden por CEDER, otros se pierden por resistir. Donde la debilidad ha de ser la muerte, allí hay Príncipes (10) débiles; donde la ambición ha de causar ruina, allí hay Príncipes ambiciosos...”

Con acierto hace la aclaración previa de que cuanto dice lo puede apreciar el hombre de buena razón y buen sentido. Entonces como ahora, el que de otra manera lo quisiera ver es que no tiene o no sabe hacer uso de esas cualidades.

En cuanto a la aplicación exacta que puede hacerse a nuestros días de tales afirmaciones, lo estimamos de tal evidencia que no creemos necesario entrar en aclaraciones.

* * *

El que haya leído cuanto dejamos dicho habrá podido juzgar por sí mismo. Cien años ha que se decía cuanto exponemos, pero pese a ello es de actualidad inmediata, porque corresponde por entero a la realidad de nuestros días.

Todo este número se centra en el estudio de los documentos correspondientes a entonces. Su actualidad es axiomaticamente la misma y por ello indiscutible su importancia y trascendencia. Entonces puede que sólo se tratase de amenazas; hoy, quizá más completada la obra destructora del

(10) Quien dice Príncipes, cual entonces correspondía, puede decir autócratas o gobernantes, aplicando las palabras a la actualidad.

Mal, puede muy bien ser que cuanto se dice en estos documentos sea de trágica realidad.

* * *

Concluso ya este artículo y pendiente de su entrega a la imprenta, hallamos en unas palabras del Santo Padre el más adecuado remate a nuestro trabajo.

Ya no somos nosotros solos quienes así piensan; ya no cabe pensar en figuraciones o personales deducciones. Ahora es ya la autorizada voz del Sumo Pontífice quien de manera clara viene a coincidir con nuestros asertos. En su alocución a 250 delegados diocesanos de la Acción Católica italiana (11) encontramos la siguiente frase que copiamos literalmente sin más comentarios:

“Mas he aquí que desde hace más de cien años, con una labor insidiosa, sistemática y constante se ha tendido a demoler, más que con una acción violenta, la cultura cristiana del pueblo italiano (12). Hoy, el adversario juzga su obra bastante adelantada para lanzarse al asalto definitivo. Y claro está ninguno de vosotros se hace ilusiones sobre el sentido y alcance de ciertos acontecimientos de los cuales somos testigos”.

Fernando Serrano Misas

(11) 22 de abril de 1946.

(12) Concreta respecto del pueblo italiano por cuanto a italianos se dirige, pero es evidente que lo mismo puede decirse respecto de cualquier otro país.

DE ACTUALIDAD

UNA DOBLE RESURRECCION

Ortega y Gasset, en el Ateneo

Un pequeño —mínimo— estipendio de adulación. Una ovación indescriptible. Pronto, una frase varonil: “Muchos de vosotros no me conocéis, ni yo os conozco... No renuncio a entenderos ni a que me comprendáis... Hablaremos de política... Nos veremos las caras”.

Frente a Ortega y Gasset no caben actitudes mezquinas. Lo que representa es demasiado para oponerle, como algunos ingenuamente pretendieron, la conjuración del silencio, o para rastrear contradicciones en la suprema consecuencia de su pensamiento.

Ortega y Gasset aparece invitando al diálogo y no rehuyendo la lucha. En este momento, todas las ventajas, menos una, están de su parte. Su talento, su prestancia, su novedad, el simbolismo de su figura. Pero, ¿viene dispuesto a apoyar en la verdad su pensamiento? ¿A ser, no “el Maestro”, sino discípulo nuestro en la Cátedra de Pedro? ¡Ah! en este caso, incluso la última ventaja está de su parte también, pues le corresponde el lugar de honor de todo convertido.

Como a García Morente.

Este es el enigma. Lucharemos con Ortega y Gasset: bien. Pero, ¿será codo contra codo, o escudo contra escudo? Algunos datos nos alarman y —¿por qué no decirlo?— nos entristecen.

En primer lugar, el marco para su presentación, o representación: este viejo Ateneo de Madrid, que hizo del tema político “la gran superfluidad”: es decir, un juego intelectual antecedente de revoluciones. La asociación de ideas no es nuestra: es de Donoso Cortés y del dominio de la historia.

En segundo lugar, la resonancia de algunas frases. “Ignorais mi pensamiento”, dice. Y al decirlo, se profesa fiel a sí mismo. Pues esto es, justamente, lo más característico de Ortega y Gasset: que a cada nueva aparición suya ignoramos su pensamiento. ¿Qué inédita variación se propone ofrecernos ahora sobre su eterno tema relativista?

Ojalá estas primeras impresiones nos engañen. Si así fuere, Ortega y Gasset sabrá excusar nuestra actual desconfianza. Si no, CRISTIANDAD, pese a su modestia, acepta el desafío: nos veremos las caras. No, abandonando nuestro método por la polémica, sino insistiendo en él; es decir, en la sencilla exposición del pensamiento pontificio.

Ahí está la Encíclica “Aeterni Patris”. Ahí está la “Pasce”. Ahí están la “Quas primas” y la “Ubi Arcano”, si debemos hablar de política. Ortega y Gasset no puede decir, por su parte, que desconoce nuestro pensamiento.

“No renuncio a comprenderos”, añade. CRISTIANDAD no desea otra cosa.

J. B.

Importante discurso de Su Santidad

ante los delegados diocesanos de Acción Católica Italiana

El auditorio

Ciudad del Vaticano, 22.—Su Santidad el Papa ha recibido en audiencia especial a 250 presidentes diocesanos de Acción Católica italiana que han tomado parte en un Congreso nacional que se ocupó de la salvación de la infancia.

El Santo Padre habló a los reunidos desde el trono, y refiriéndose a las finalidades del Congreso recientemente terminado, dijo entre otras cosas:

El espectáculo angustioso de una juventud corrompida

“Alrededor del niño gravitan todas las cuestiones vitales, todos los valores esenciales, el matrimonio y la familia, la esposa y la madre, la educación y la moralidad pública. Allí donde estas cuestiones son resueltas conforme a la ley divina y al espíritu cristiano, allí donde esos valores capitales son protegidos y defendidos, la infancia y la juventud se salvan. En donde, en cambio, las fuerzas disolventes y pervertidoras se apoderan de ellos, no tardan en manifestarse las tristes consecuencias. Y por desgracia, ya se muestran incluso demasiado en los pequeños y adolescentes. ¿No veis vosotros, acaso? ¿No tenéis constantemente ante los ojos el angustioso espectáculo de una juventud en gran parte corrompida, contaminada, pronta a transmitir en virtud de las trágicas leyes de la naturaleza su infección moral y física a las generaciones futuras?”

Su Santidad el Papa, después de recordar con cuánto interés ha invocado repetidas veces la ayuda en favor de los desgraciados y especialmente los niños, siguió diciendo que la Historia señala invariablemente como precursor de las grandes catástrofes, no solamente económicas, sino también, y principalmente, espirituales y religiosas, el decaimiento de la moralidad pública, la corrupción de costumbres que impera descaradamente como soberana y que tiende a seducir sobre todo a los jóvenes. “La experiencia del presente no hace sino confirmar las lecciones de la Historia —dijo—. No nos cansamos de anunciar en cuantas ocasiones se nos ofrecen, las tres formas más terribles del monstruoso mal que tantas víctimas siega: El divorcio, la escuela sin Dios y el desenfreno de libros, y los espectáculos licenciosos. Madres desnaturalizadas no vacilan en llevar niños y niñas a representaciones y revistas lascivas”.

«El adversario prepara el asalto definitivo»

“No cabe duda—prosiguió el Padre Santo—de que siempre, incluso en la juventud tan asediada, existen milagros de la gracia de héroes y de santos victoriosos contra todas las seducciones y atractivos del mundo que les rodea. Pero estos milagros son raros y esos héroes y santos son excepción. Sería ilusión fatal creer que esas excepciones puedan convertirse en regla sin un mejoramiento de condiciones públicas y sería injusto querer atribuir a debilidades de cura pastoral toda la responsabilidad de las ruinas espirituales que en niños y adolescentes de seis, diez y quince años producen casi inevitablemente un influjo continuo de escuela religiosa o antirreligiosa, el peligro de la calle, el aire moralmente in-

sano o tal vez corrompido de la fábrica y del taller; en el orden natural de las cosas, es más, según las disposiciones de la Divina Providencia, el niño debe nacer y crecer en clima salubre de una familia y una sociedad cristiana y en el desarrollarse progresivamente hasta conseguir aquella madurez que lo haga apto a su vez para mantener, propagar y perfeccionar un orden social honesto y cristiano. Durante más de quince siglos, el pueblo italiano se ha mantenido fiel a ese orden que parecía perfectamente natural e invulnerable. Era su bienestar, su salvación en días de peligro, su punto de apoyo y base de su estabilidad en medio de transformaciones, de crisis, de luchas y de agitaciones políticas y sociales. Mas he aquí que desde hace más de cien años una labor insidiosa, sistemática y constante ha tendido a demoler más que con una acción violenta la cultura cristiana del pueblo italiano. Hoy, el adversario juzga su obra bastante adelantada para lanzarse al asalto definitivo. Y claro está, ninguno de nosotros se hace ilusiones sobre el sentido y alcance de ciertos acontecimientos de los cuales somos testigos.

¿Es que acaso el adversario estima exageradamente el valor de los resultados obtenidos y de sus esperanzas? Aun siendo así, resulta verdad, sin embargo, que la actual situación de cosas es muy grave. ¿Hace falta decirlo?

Para la Acción Católica, como para todas las demás organizaciones religiosas de apostolado laico, se trata de utilizar a fondo sus posibilidades y hacer uso hasta el máximo esfuerzo de todas sus energías”. Después de alabar cuanto hasta ahora Acción Católica ha hecho en este campo, el Padre Santo sometió a la consideración de los presidentes diocesanos de Acción Católica italiana los tres siguientes puntos:

Normas para una rápida y eficaz actuación

Primera. La hora de grandes determinaciones coincide en vuestra patria con la de más duras restricciones materiales. Así la Providencia lo ha dispuesto, o, por lo menos, lo ha permitido. Vuestro deber, por tanto —dijo—, es correr en socorro de la indigencia, donde quiera se manifieste, con celo presuroso y activo, y al mismo tiempo agudo y sabiamente organizado. A este propósito, el Papa recordó el consejo de Juan Bautista de repartir túnicas y alimentos con el pobre.

Segunda. El pueblo está llamado a tomar cada vez una parte más importante en la vida pública de la nación. Esta participación implica graves responsabilidades. De ahí se deriva la necesidad para los fieles de tener conocimientos netos, sólidos y precisos de sus deberes en el orden moral y religioso, en el ejercicio de los derechos civiles y de manera especial del derecho al voto. Sobre estos argumentos dimos en nuestra Alocución de este año a los párrocos y cuaresmalistas de Roma —afirma Su Santidad— normas concretas que sirven sustancialmente también para Acción Católica. Bien entendido que ésta no es un partido político y está por encima de la política partidista. Pero precisamente por ello en estas semanas y en estos meses debe iluminar a los católicos sobre los intereses religiosos que en la actualidad se hallan en serio peligro, persuadiéndoles, no solamente en público, sino también en privado, a hombres y mujeres, uno a uno, de la importancia y gravedad de la realidad que a dichos cristianos les lleva a la recta observación de sus de-

beres políticos. Del mismo modo, también para Acción Católica, vale el dictamen de no tapar el oído a las lecciones y advertencias de la Historia. Esta, hasta nuestros tiempos, no presenta ningún ejemplo de pueblo o país que después de haberse separado de la Iglesia y de la cultura católica haya vuelto a ella enteramente. Quienes se mantuvieron fieles a ella han podido luchar valerosa y heroicamente; pero una vez consumado y dado el paso fatal frente a la catástrofe, no ha habido reparación o reintegración completa.

Aleluya de la victoria definitiva de Cristo

Tercera. El objeto contra el cual hoy dirige el adversario su asalto abierto o encubierto no es como de ordinario en el pasado, este o aquel otro punto particular de doctrina disciplinada, sino todo el conjunto de fe y moral cristiana hasta sus últimas consecuencias. En otros términos: se trata de un asalto total de un sí rotundo o de un no rotundo. En estas condiciones el verdadero católico debe mantenerse tan-

to más firme y sólido en el terreno de la fe y demostrarlo con hechos. Pero al calor de la lucha, un cristianismo meramente exterior y de pura forma se funde como la cera al sol. Por consiguiente, la misión urgentísima de Acción Católica en estos días críticos es defender e inculcar clara y profundamente en las mentes de los hombres la doctrina de la Iglesia, dedicándose con todo celo a hacer volver a Dios a quienes viven fuera de la práctica religiosa. Recordando la alegre aleluya que "en la misma mañana habían entonado todas las campanas de las iglesias católicas", el Papa concluyó su discurso con estas palabras: "Por encima del tumulto de todas las guerras, todas las discordias y todas las imprecaciones, todo los lamentos, todos los gritos del orgullo en la borrachera de un pasajero y próspero suceso, o en la irritación de una derrota, por encima de incasantes fluctuaciones de la lucha domina el aleluya pascual, el aleluya de victoria definitiva de Cristo, vencedor de la muerte y de las puertas del infierno y vencedor en potencia de las tinieblas".

¿«Sinagoga de Satanás»?

I

La revolución de 1848

Después de leer el interesante y aleccionador documento que reproducimos en este mismo número, y los importantes comentarios que precisan y valoran el momento histórico en que vió luz, así como las consecuencias tangibles que se derivaron de un extenso y profundo plan, al cual precisamente respondía el documento aludido, se impone necesariamente una reflexión cautelosa, pero intensa, para comprender el significado que encierra cuestión tan difícil, no lo olvidemos, y a la par trascendentalísima, en orden a la mejor comprensión de los problemas en que actualmente se debate la Humanidad.

La revolución de 1848 desarrollóse simultáneamente en la mayor parte de los países europeos (1). Evidentemente esta simultaneidad no podía ser fruto de un hecho casual; presuponia una preparación activa, un cerebro organizador, una finalidad de altos vuelos cuyo último resultado no podía consistir *simplemente* en unos cambios de gobiernos ni siquiera de regímenes (2). "No es difícil de encontrar los hilos de la conspiración más allá de Italia y extendida a toda la Cristiandad, exceptuando Rusia—ha escrito Malynski—. Esta conspiración era de una envergadura y de una amplitud inéditas hasta entonces, en los anales de la Humanidad. La preparación metódica de un conjunto de revoluciones acordadas destinadas a sorprender los Estados europeos en el momento en que menos se lo pensaban" (3).

¿Cómo explicarlo de otro modo? Sin embargo, para desentrañar la verdadera naturaleza de aquella catástrofe que anegó en sangre a las naciones europeas no es necesario formular ninguna hipótesis. Los documentos encontrados explican con toda claridad, su génesis y su ulterior desarrollo. La *Civiltà Cattolica* los reprodujo y analizó

suficientemente; no puede caber, por lo tanto, la menor duda sobre su autenticidad y su contenido. Sólo falta que las personas sensatas los conozcan a fondo para que se den cuenta de la verdad, y puedan, a través de la misma, enjuiciar mejor otros sucesos tan notables, al menos, como el que se desencadenó en la primera mitad del pasado siglo. "Ma poiché si tratta di *documenti preziosi alla storia della vera Massoneria italiana*: i quali sono stati anche troppo tempo, tenuti come nascosti in Italia (benché già stampati dal Crétineau-Joly, senza che abbiano avuta quella notorietà che dovevano avere, credo necessario di pubblicarli nella loró integrità, benché talvolta apparentemente offensiva ad intere classi rispettabilissime di persone: *acciocchè così si sappia una buona volta, interamente, la verità*" (4).

No vale, en este caso, rasgarse las vestiduras ni sonreír con escepticismo: hay que saber enfrentarse resueltamente con la verdad.

Un judío piamontés

Entre los elementos que prepararon y dirigieron la revolución del 48, descuella un personaje conocido por el pseudónimo de *Piccolo Tigre*, autor precisamente de la carta a que hemos hecho anteriormente referencia. ¿Quién era este personaje que tan hábilmente supo camuflarse? No es ningún misterio. "*Io ho ragione di credere*—escribe la propia *Civiltà*—*ch'egli fosse un ebreo piemontese*" (5).

Se trataba, efectivamente, de un judío que bajo la apariencia de un hombre de negocios, era nada menos el agente de enlace entre los conspiradores de toda Europa.

Quizá si alguien no iniciado hubiera descubierto entonces su doble personalidad, pudiese haberle dicho con el lenguaje de la sorpresa: "No comprendo que un hombre de negocios capaz de arruinar a un rival, aunque sea mi padre, se transfigure como se ha transfigurado usted,

(1) En España evitóse su total eclosión gracias a la energía de un Narváez, que no titubeó en expulsar al embajador inglés Bulwer.

(2) Otro día, Dios mediante, tendremos ocasión de hablar de la política de lord Palmerston, en relación con tan nefasto suceso.

(3) Emmanuel Malynski. *La grande conspiration mondiale*.

(4) *Civiltà Cattolica*, 21 de agosto de 1875.

(5) *Civiltà Cattolica*, cit.

A LA LUZ DEL VATICANO

y me hable en el estilo de los sacerdotes y de los profetas." (6).

Y, no obstante, *Piccolo Tigre* era un auténtico profeta de la revolución; era uno de tantos siniestros personajes cuya vida está totalmente entregada a la causa del Mal.

Piccolo Tigre era un judío. Este solo enunciado en sí nada significaría tal vez. El reino de Satanás tiene súbditos sumisos en todas las razas y en todas las latitudes. Pero ¿por qué extraña coincidencia, podríamos decir, aparecen siempre judíos entre los fautores de toda subversión social?

Porque nadie puede poner en duda el hecho: "Nelle cospirazioni, infatti, nelle rivoluzioni, nel liberalismo, in Massoneria, in Carboneria, per tutto infine dove si tratta di dare ai cristiani qualche graffiata, sempre si trovano in prima linea gli ebrei" (7).

La influencia judía en la dirección de muchos Estados, la reconocen, la exaltan, los propios judíos. Conocido es el pasaje de *Conningsby*: "Inútilmente se hundan y aterran encima de nosotros judíos centaminándonos y humillándonos bajo sus ruinas siglos y décadas de siglos; *el alma del judío se levanta, reemprende su camino, marcha adelante, y en nuestros días ejerce en las cosas de Europa una influencia que tiene algo de prodigiosa. El mundo moderno está gobernado por personajes muy distintos de aquellos que pueden figurarse los que no se dan cuenta de lo que sucede entre bastidores*" (8).

Y en otro lugar, afirma Disraeli: "El pueblo de Dios coopera con ateístas; los más ardientes acumuladores de la propiedad se unen a los comunistas, y la raza escogida va de la mano con la escoria de las castas inferiores de Europa. Y esto porque quieren destruir esta cristiandad, que les debe hasta el nombre, y no pueden soportar más su tiranía" (9).

El hecho, por lo tanto, es evidente. Ni los propios judíos tratan de ocultarlo. Hay muchos *Piccolo Tigre* por estos mundos cuya única misión estriba en combatir y destruir, si posible fuera, la Iglesia de Dios. Y se encuentran precisamente entre las clases elevadas, entre los negociantes, entre los financieros. El pueblo, mejor dicho, la masa, les sirve de instrumento, pero la trama, el pensamiento rector no los tienen siquiera muchos que se creen dirigentes; se halla en manos desconocidas por el vulgo, en manos de grandes empresarios capitalistas; por ello Disraeli en el texto últimamente citado podía declarar: "los más ardientes acumuladores de la propiedad se unen a los comunistas".

(6) Hugo Wast. *Oro*.

(7) *Civiltà Cattolica*, cit.

(8) Disraeli, *Conningsby*. Citado por el P. Pedro Voltes, C. M. F. en su obra *El sionismo*.

(9) Disraeli, *Vie de Lord Georges Bentinck*. Citado por León de Poncins en su libro *Las fuerzas secretas de la revolución*.

Si recordáramos siempre esta tan olvidada verdad, enjuiciáramos mejor los hechos históricos y, especialmente, la trágica realidad de nuestros días.

Judaísmo y comunismo

La revolución de 1848 no fué, repetimos, un hecho aislado. La labor de la masonería y el carbonarismo en aquellos momentos, representaba solamente una etapa dentro del plan general sectario, cuyo fin supremo es la descristianización del Mundo.

Etapas, por otra parte, no la más grave quizá entre las varias explosiones revolucionarias que se han producido. Ya Donoso Cortés lo había anunciado: "De poco os asustais; veréis cosas mayores" (10).

En nuestros días hemos podido contemplar otras fases del plan diabólico. No nos es posible resumir siquiera en el espacio de que disponemos, sus especiales características. Nos referiremos solamente a una de ellas, a la que se desencadenó sobre Rusia en 1917.

La instauración del comunismo soviético en Rusia, ha sido sin duda obra de los mismos promotores de las revoluciones modernas. Y en ella, en su implantación, han tenido también parte preponderante los judíos (11).

Vamos a demostrar esta afirmación.

Para situar el problema, reproduciremos en primer lugar unas palabras significativas aparecidas en una revista judía: "El hecho del bolchevismo mismo, y el que tantos judíos sean bolcheviques, y que el ideal del bolchevismo este sobre muchos puntos de acuerdo con el más sublime ideal del judaísmo, del que una parte formó la base de las mejores enseñanzas del fundador del Cristianismo, todo eso tiene gran significación, que examinará cuidadosamente el judío reflexivo" (12).

Pero nos atreveremos a decir algo más. Creemos que existen datos suficientes para poder afirmar que la revolución comunista en Rusia, fué preparada y dirigida por judíos, o cuando menos que su intervención fué decisiva para el triunfo de la misma (13).

José-Oriol Cuffi Canadell.

(10) Donoso Cortés. *Discurso* pronunciado en el Congreso el 4 de enero de 1849.

(11) Lo mismo puede decirse de los movimientos revolucionarios de la postguerra europea. La revolución bolchevique de Munich, pongamos por vía de ejemplo, estuvo dirigida por los siguientes judíos: Kurt Eisner, Max Lowenberg, Kurt Rosenfeld, Gaspar Wollheim, Max Rotschild, Carlos Arnold, Kranold, Rosenhek, Birnbaum, Reis y Kaiser.

(12) *Jewish World*, 10 de enero de 1929. Muy dignas de atención son las siguientes palabras del rabino Magnes: "Cuando el judío dedica su pensamiento y toda su alma a la causa de los obreros, de los despojados y de los desheredados de este mundo, es tal su cualidad fundamental, que llega hasta la raíz de las cosas. En Alemania llega a ser un Marx, un Lasalle, un Haas o un Eduardo Bernstein; en Austria, Victor Adler o Federico Adler; en Rusia, Trotsky".

(13) Entre las varias premisas que hicieron posible el triunfo de la revolución bolchevique, Trotsky, en la conferencia que pronunció en Copenhague, colocó en último lugar al partido comunista. (*La Batalla*, 22 de diciembre de 1932).

A los 67 años de edad y 34 de pontificado abacial, descansó en la paz del Señor rodeado de la comunidad que le veneraba como padre, el día 13 de Mayo último, el Rdm. P. Don Antonio María Marcef. Merece destacarse su intensa labor emprendedora y reorganizadora en el gran monasterio benedictino así como sus actividades de visitador de los monasterios de la provincia española (en la que se incluye América latina y Oceanía). La divisa que ostentó fué la de «In Domino confido».

A la ceremonia fúnebre asistieron con las autoridades de todos órdenes una inmensa multitud presidida por el Cardenal Arzobispo de Tarragona, los Obispos de Barcelona, Palencia, Vich, Solsona y Colofon y los Abades de Silos, Samos y Coadjutor de Montserrat. La inhumación de sus restos tuvo lugar, por expreso deseo del mismo, junto a sus hermanos mártires de la propia Comunidad.

CON CENSURA ECLESIASTICA

HA APARECIDO YA

la obra de **LUIS CREUS VIDAL**

LA VUELTA A LOS ALTARES

Del ocaso de las dinastías
de los siglos XVIII y XIX

a la tragedia de la actual postguerra

VENTA EN
LIBRERIAS

Pídalo a la Administración de
CRISTIANDAD

PRECIO:
25 Pesetas

Cuevas de
Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

CRISTIANDAD

Tomo encuadernado de 1945



De venta en las principales librerías

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - F. MACHADO & Cía, Porto - NICOLA ZANICHELLI, Bologna - PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, París - DAVID NUTT, London - BUCHHANDLUNG d. KÖN. UNG. UNIVERSITÄTS-DRUCKEREI, Budapest - F. ROUGE & Cie., Lausanne - ROBERT MÜLLER, Berlín - G. E. STECHERT & Co., New York
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

1946

"SCIENTIA"

a. 40^o

REVISTA DE SÍNTESIS CIENTÍFICA

Publicación mensual - (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

Jefe Redactor: **Paolo Bonetti**

ES LA ÚNICA REVISTA que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

ES LA ÚNICA REVISTA de síntesis y de unificación del saber que examine en sus artículos los problemas más nuevos y más fundamentales de todos los ramos de la ciencia: filosofía científica, historia de la ciencia, matemáticas, astronomía, geología, física química, ciencias biológicas, fisiología, psicología, historia de las religiones, antropología, lingüística; artículos que muchas veces han constituido verdaderas y propias encuestas, como aquella sobre la contribución de los diferentes pueblos al progreso de las ciencias; sobre el determinismo; sobre las cuestiones físicas y químicas más principales y particularmente sobre la relatividad, la física del átomo y de las radiaciones; sobre el vitalismo. «Scientia» estudia de esta manera todos los más grandes problemas que interesan al mundo de los sabios y de los intelectuales.

ES LA ÚNICA REVISTA que puede tener en calidad de colaboradores todos los más ilustres sabios del mundo. «Scientia» publica los artículos en la lengua original de sus autores. En cada cuaderno está adjunto un **Suplemento** que contiene la traducción completa francesa de los artículos publicados en el texto en alemán, español o inglés. (*Pídanse cuadernos de ensayo a «Scientia» Asso (Como, Italia), enviando - a título de reembolso de los gastos de correo envío - 25 liras italianas de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Liras ital. 1200—; \$ 12.00; sh. 60.00

Grandes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a «SCIENTIA» Asso (Como, Italia)